

La Iglesia en Cataluña y la sucesión del cardenal Jubany

El arzobispado de Barcelona vive en la expectación del nombramiento del sucesor del cardenal Jubany, que cumplió 75 años el pasado mes de agosto y que en recientes declaraciones a este periódico trazó el retrato-robot de su sucesor. En esta

situación, que tiene también una indudable trascendencia sobre el resto de las diócesis catalanas, surgen rumores sobre diversos candidatos y existe preocupación por el talante que tendrá el nuevo arzobispo, sobre todo a causa de las polémicas

que han provocado algunos de los últimos nombramientos de Juan Pablo II en la República Federal de Alemania y en Austria. «La Vanguardia» ha pedido su parecer a cuatro destacados miembros de la archidiócesis de Barcelona: Joan

Carrera, presidente del Colegio de Párrocos de Barcelona; el doctor Alfonso Balcells Gorina, colaborador de nuestro periódico; Albert Manent, escritor, y Rosario Bofill, directora de la revista de información religiosa «Foc Nou».



Joan Carrera Planas nació en Barcelona en 1930. Ordenado sacerdote en 1954, trabajó pastoralmente en barrios obreros: Santa Eulàlia de l'Hospitalet, la Barceloneta y Llefià de Badalona. En este último inició una parroquia de nueva creación e impulsó varias iniciativas sociales como la construcción de viviendas en régimen cooperativo. Trabajó también en los movimientos apostólicos de JOC y ACO y participó en la fundación de la editorial Nova Terra, de la que posteriormente fue director literario. Como vicario episcopal intervino, entre 1968 y 1976, en la fundación del Grup cristià de defensa i promoció dels Drets Humans, así como en la acogida eclesial de presos políticos y represaliados. Desde 1976 es párroco de Sant Isidre en l'Hospitalet. Es presidente del Col·legi de Rectors de Barcelona y de la Fundació d'Escoles Parroquials. Forma parte de las redacciones de «Catalunya Cristiana» y de «La Nació».

MUCHOS pensamos —sin afán alguno de propaganda— que nuestra Iglesia mantiene unos valores humanos fundamentales y una capacidad de acción espiritual importante dentro del conjunto de la sociedad catalana. Sin embargo, no es corriente apreciarlo así. Incluso a los convencidos nos resulta difícil explicarlo en ciertos ambientes. Ello es así porque hoy lo más serio y consistente de nuestra realidad eclesial no proyecta imagen pública. Peor aún, padece la adjudicación de una imagen que, si bien históricamente resulta explicable, no es, ahora mismo, adecuada.

Cuando digo lo más serio y consistente me refiero, en primer lugar, a hechos simples, como la participación en la misa de los domingos de unos centenares de miles de cristianos y cristianas. Una cifra mucho más alta si pensamos en los que piden el bautismo para sus hijos. Ya sé que, si partimos de la presunción —desfasada o triunfalista— del ciento por ciento, el número de practicantes resulta bajo. Pero lo correcto no es partir de tal presunción, sino de la comparación con las adhesiones estables que consiguen otras opciones de todo orden. También conozco, y me duele, el prestigio que padecen esta práctica y este sector. A pesar de ello, algunos datos demuestran su consistencia. En el interior mismo de la Iglesia, han contado con escasos estímulos: a menudo se han sentido extraños a las teologías que inspiran a sus predicadores, cuando no acusados por ellas. Porque con el Concilio Vaticano II ha sucedido un fenómeno comprensible, si se analiza bien, pero negativo. Fue, en muchos sentidos, una revolución espiritual. Pero así como las revoluciones se traducen para el hombre de la calle en ampliación de derechos y, consiguientemente, en un estado de ánimo colectivo eufórico, a muchos católicos corrientes la etapa posconciliar les ha ofrecido un rostro más bien restrictivo. Una parte del clero, al tiempo que lograba una mayor independencia respecto de sus obispos, impulsaba ciertas medidas de simplificación de las prácticas tradicionales católicas, con excelente intención pero con poca pedagogía y un excesivo rigor para con sus feligreses. Después ha venido la secularización ambiental: hoy el católico ha debido acostumbrarse a un medio cultural en de-

sacuerdo claro y no siempre respetuoso con su fe.

En la fe, que tantos creyentes celebran en las misas dominicales, y que muchos más mantienen con escasa práctica religiosa, encontramos el fruto de mucho trabajo. Por ejemplo, el de las escuelas cristianas, de religiosos y religiosas, de parroquias y de seglares, cuyos defectos pasados, tan ponderados, no pueden hacernos olvidar sus grandes valores. Y de esta fe parte todo lo demás: los núcleos de militantes agrupados en los diversos movimientos, llamados a dinamizar el conjunto de la comunidad y a ser su ala misionera, las vocaciones sacerdotales y religiosas, y hasta los estudiosos de la teología y otras disciplinas, con sus centros y facultades, cuya misión fundamental es el servicio a la fe de la comunidad, en la cultura actual. También surge de las celebraciones dominicales una vertiente importante, que pasa generalmente desapercibida, pero que ahora empieza a llamar la atención en algunas de sus manifestaciones: la ayuda a los necesitados, que perduran y hasta se multiplican en medio del progreso y el consumo... Las colectas periódicas que reúnen centenares de millones para dar, ya sea a los pobres de aquí o a los del tercer mundo, y los servicios de asistencia de todo tipo que se sostienen con aquellas aportaciones y con trabajo desinteresado, son cosas de nuestras comunidades cristianas que no tienen parangón en ningún otro colectivo de nuestra

sociedad. Los últimos años han sido para nuestras diócesis tiempo de trabajo poco espectacular, en los campos ya mencionados y en otros, desde la catequesis hasta la economía eclesial. Tiempo de conjunción e integración, entre viejos y nuevos problemas. Piénsese que los cristianos de este país hemos pasado, en las últimas seis décadas, de la primera incorporación a la vida democrática que caracteriza la Iglesia catalana de Vidal i Barraquer, al mazazo de la persecución religiosa de los años de la guerra civil; y de unas posiciones de vinculación al nuevo Estado protector de 1939, a un progresivo distanciamiento crítico, hasta el compromiso de importantes sectores en la defensa de los derechos humanos y la lucha clandestina, para reemprender de nuevo la incorporación a la vida democrática, trunca en los años treinta, pero ahora en un contexto social mucho más laico y moderno. Luego hemos tenido el gran fenómeno social de la inmigración masiva, de importantes consecuencias también pastorales. Finalmente, vino el Concilio, una auténtica bendición del cielo, que ha establecido un cambio irreversible, pero con unos años posconciliares duros, en los que muchos laicos dejaron la práctica religiosa y numerosos sacerdotes y religiosos quedaron separados del ministerio. Asimilar todo eso no es fácil.

A partir de aquí, hay que afrontar el futuro. Nos sirve poco para ello el esquema

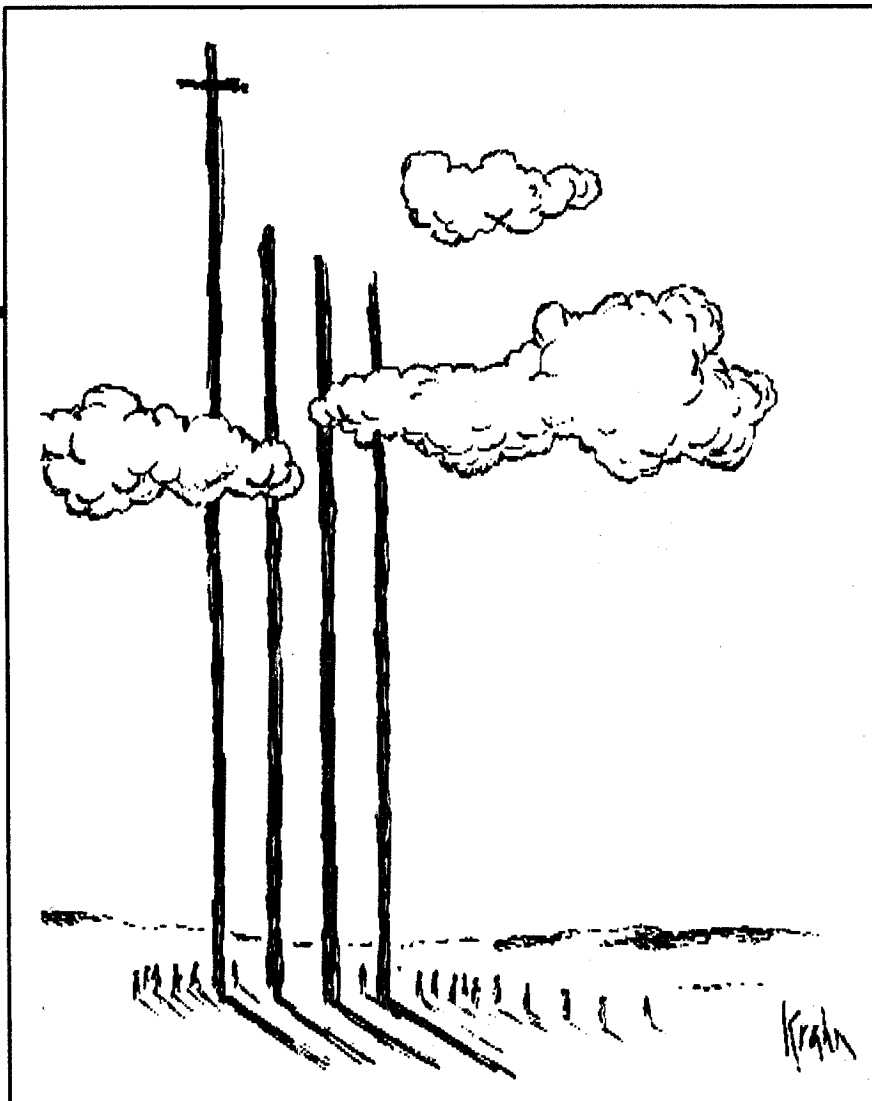
reduccionista «progresismo-conservadurismo», al que se va a parar a menudo, por ejemplo cuando se habla de la provisión de las sedes episcopales. Así como en el campo civil el esquema «derechas-izquierdas» sirve poco para analizar la sociedad real, tampoco el de «progresismo-conservadurismo» sirve para analizar la realidad eclesial. Necesitamos una pastoral de respuesta a las necesidades reales del creyente, de respuesta a los problemas de las comunidades cristianas como tales. No nos sirve el debate entre presuntas respuestas teóricas, que pretenden tener la clave de todo, lo gane quien lo gane. Los años recientes han generado una práctica integradora, en el buen camino. Pero esta práctica se ha producido sin teoría, o bajo teorías disociadas de aquella.

Y este trabajo acabará proyectando también imagen pública. No debemos los cristianos quejarnos por no tenerla hoy, ni acusar de ello a los medios de comunicación. Debemos más bien construir desde abajo y también perder complejos residuales de cuando la Iglesia andaba mezclada con el Estado. Así no rehuremos la visibilidad social, necesaria para la evangelización. Ha de haber separación de la Iglesia y del Estado. Pero no separación entre Iglesia y sociedad.

Del tema de la sucesión del cardenal Jubany, casi nada se puede decir. Sólo lamentar que los mecanismos vigentes produzcan el efecto lamentable de mantener largamente una gran archidiócesis sumida en la incertidumbre, no sólo, probablemente, por lo que respecta a los diocesanos, sino también, imagino, en cuanto al propio cardenal, a quien tanto debemos en el trabajo poco espectacular y en la evolución de los últimos años, de los que antes hice mención. También conviene aclarar que el deseo, ampliamente compartido, de que el futuro arzobispo de Barcelona proceda de Cataluña, responde simplemente a una aspiración a la normalización nacional. Sobre esta base, que en los países normales ni se menciona, viene, lógicamente, la apreciación de las demás cualidades. Por lo demás, no se trata de ninguna discriminación: entre los seminaristas y el clero joven de hoy son numerosos los que proceden de familias de los más diversos lugares, y nadie extrañará que algún día uno de ellos sea el arzobispo.

JOAN CARRERA PLANAS

«El deseo de que el futuro arzobispo de Barcelona proceda de Cataluña responde simplemente a una aspiración a la normalización nacional»



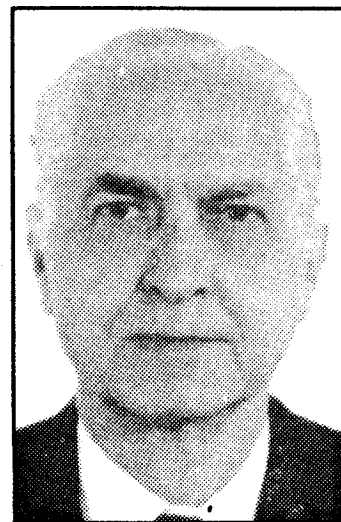
Exigencia a los fieles y al pastor

un legado espiritual que los fieles debemos asumir en su integridad, sin exclusiones ni selecciones parciales. Así, todos los concilios ecuménicos reconocidos, merecen igual veneración, ya se trate de Trento, del Vaticano I o del Vaticano II. Todos los Papas, en su herencia teológica y dogmática, en su

magisterio —aunque la persona la juzgará Dios— han de ser estimados por los fieles, con la misma fidelidad, en su común condición de vicarios de Cristo: igual respeto y cariño filial debemos a Pío XII, a Juan XXIII y a Juan Pablo II, por ejemplo. Los diversos obispos que hemos tenido en nues-

«Es urgente afianzar el respeto y la obediencia a los pastores y al sucesor de Pedro, sea quien sea»

ALFONSO BALCELLS GORINA



Alfonso Balcells Gorina nació en Barcelona en el año 1915. Estudió medicina en la misma ciudad, alcanzando el Premio Extraordinario de Licenciatura. Amplió después estudios en Heidelberg y se doctoró en 1943. Fue luego profesor adjunto con el profesor Soriano y ganó, por oposición, la Cátedra de Patología general de la Facultad de Salamanca en 1955. Rector de la misma universidad desde 1960 a 1968, otorgó el doctorado honoris causa a Menéndez Pidal, a Severo Ochoa y al maestro Rodrigo, entre otros. A partir de 1968 fue catedrático en Barcelona y nombrado profesor emérito. Ha publicado varios libros médicos y numerosos trabajos de investigación. Es miembro de la Real Academia de Medicina de Barcelona y entre otros cargos ha sido presidente de la Sociedad Española de Medicina Interna.

CON la alegría de ver confirmado, una vez más, el papel de los laicos en la Iglesia —a través de la reciente exhortación apostólica postsinodal de Juan Pablo II— y puesto que «todos somos Iglesia», no cabe inhibirse sobre su situación actual y sobre el concreto futuro de nuestra diócesis.

Debo confesar enseguida que no me parecen mejores ni peores los tiempos que ahora, como fieles, nos toca vivir. Siempre, ya desde la primitiva cristiandad, ha habido herejías y cismas, persecuciones y apostasias, pero también mártires y santos, nuevos conversos y extensión de la fe a otros países. Por lo que hace a Barcelona me limitaré a citar un solo nombre, por tratarse de un colega médico al que conocí, ejemplar como profesional y como hombre y luego sacerdote santo: me refiero a Pere Tarrés i Claret, que era la bondad personificada, contagiosa, estímulo y consuelo de tantas y tantos. Sin olvidar los santos recién canonizados de este país, y los innumerables desconocidos. Cualquier pesimismo, sobre algunos aspectos negativos en el panorama eclesial, viene superado por esta esperanzadora siembra.

La unidad de los cristianos es una preocupación pendiente, por la que ansiamos, con impaciencia, todos los creyentes, motivo de oración en los últimos días. Más escandalosa y menos comprensible es la falta de unidad entre los católicos, en países occidentales. Desde luego no rompe la unidad —sino que es riqueza— la variedad de escuelas de espiritualidad y las diversas formas de apostolado individual o en asociaciones y movimientos. Pero es preciso conservar incólumes el depósito de la fe, las normas morales y la caridad fraterna. Hay que evitar perder el tiempo en inútiles tensiones internas, recordando aquel «No haya entre vosotros disensiones» del apóstol, y el «Ut unum sint» («Que sean uno») del Señor. Es urgente afianzar el respeto y la obediencia a los pastores y al sucesor de Pedro, sea quien sea.

En este sentido me parece que debe entenderse la catolicidad y la Iglesia-comunidad, abarcando toda su historia. El patrimonio doctrinal de la tradición constituye

tra diócesis y los que vendrán, serán queridos y recordados por todos los que se sienten miembros de la Iglesia-Comunidad: los que le conocimos, guardamos admiración y gratitud por el obispo-mártir Irurita y luego por el administrador apostólico Díaz de Gómara, por el doctor Modrego, por don Marcelo y por el cardenal Jubany, de difícil sustitución por su prudencia y celo en el gobierno de la diócesis.

En suma, puesto que el nuevo pastor no puede ni debe hacerlo todo: el pueblo de Dios que encuentre aquí le prestará la primera y mejor colaboración, si vive aquello que todos conocen: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos». No tiene razón de ser la división de los fieles, en el seno de la Iglesia, en «integristas» y «progresistas» u otros semejantes.

Si nos preguntamos ahora por las «señas de identidad» que los fieles esperamos del nuevo pastor, yo diría:

— En primer lugar que sea un profundo conocedor del Vaticano II —dirigido al mundo actual— para implantarlo en el pueblo cristiano; ya que éste es el gran reto y objetivo de Juan Pablo II.

— Que sea, en otro aspecto, un continuador de la línea pacificadora y de unidad seguida por el cardenal Jubany, por encima de los grupos y de los movimientos.

— En tercer lugar, que tenga una especial sensibilidad por los derechos humanos, todos ellos, tal como vienen señalados en la «Pacem in Terris»; y que seamos los laicos los que sepamos exigirlos en el terreno político, ya se trate del respeto a la vida, incipiente o terminal, de los derechos de la familia y de las minorías —incluida la lengua vernácula— de la enseñanza religiosa, etc.

— Que posea parecida sensibilidad por el servicio a los pobres y a los marginados, en la línea de la «Sollicitudo rei socialis»; una preocupación por la justicia que mueva a una nueva vida moral en las conductas.

— Y por fin que tenga confianza y apertura hacia la juventud: necesitamos un gran catequista para los niños y los jóvenes.